

Entre la fe y la parodia

Juan Pellicer

A la luz de su parentesco directo con los textos a cuya imagen y semejanza fueron creadas, intento articular algunos comentarios sobre dos novelas de Vicente Leñero, a fin de comprobar su significativa ubicación en un espacio marcado por la fe y la parodia.

En el paisaje de las letras mexicanas modernas, la generación de los narradores nacidos en la década de los años treinta ilumina el mediodía y el crepúsculo del siglo XX. Nombres de autores cuya sola mención evoca, como los nombres de ciertos lugares, las imágenes entrañables de toda una época: Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Salvador Elizondo, Sergio Pitol, Vicente Leñero, Elena Poniatowska, Julieta Campos (cubana y también mexicana), José de la Colina, Fernando del Paso, Carlos Monsiváis, Margo Glantz, José Emilio Pacheco (más poeta que narrador, pero notable narrador), Arturo Azuela, Aline Pettersson, Gustavo Sainz. En sus páginas vive el aliento juvenil que los caracteriza y distingue, aliento animado por la curiosidad y la experimentación, con frecuencia rebelde y audaz, irreverente y antiolemne, aliento siempre crítico y, siempre también, regido por la cabal destreza del oficio. Crecen a la luz y a la sombra de la novela de la revolución, del muralismo y de los Contemporáneos, y también a la luz y a la sombra de los magisterios de sus mayores: Alfonso Reyes y Octavio Paz, Juan José Arreola y Juan Rulfo.¹ Seguramente porque su vocación literaria se desbordó, son narradores todos ellos ejercitados a menudo también en las lides vecinas del drama, del ensayo, del periodismo y de la lírica. Forman ellos una generación cuyo característico aire juvenil invariablemente los ha acompañado indiferente a los inexorables avances de la edad.

Cierto, todos siempre jóvenes, pero el perfil de cada uno, por supuesto, distinto. Singular como lo es el de

¹ Sin olvidar el contexto literario de las letras hispánicas de la época, desde los *ismos* de la posguerra hasta el Boom.

Vicente Leñero: tan dramaturgo como narrador y como periodista. Ninguno de los tres géneros predomina en su vasta obra: los tres a la par, tanto por la cantidad cuanto por la excelencia de su factura. Y antes y después —consecuente siempre— está su fe de católico de izquierda según su propia confesión: “La fe ha sido siempre el más potente de mis motores literarios” (2003, p. 121). A partir de la lectura de su obra, entiendo su fe en el sentido de creencia en las enseñanzas de la *Biblia*, particularmente en las de los evangelios.

Dos textos narrativos suyos, acaso los más inspirados por su fe, *El Evangelio de Lucas Gabilán* (1979) y *El Padre Amaro* (2003), han resultado óptimos objetos de estudio para trabajar con mis estudiantes universitarios a la hora de nuestras mesas de disección que es cuando exploramos el cuerpo de la narración y separamos con el bisturí de la lectura, órgano por órgano, pieza por pieza, y los observamos y auscultamos, identificamos las circunstancias que rodearon a la creación, todo bajo las luces y el instrumental de cuantas teorías sean accesibles y adecuadas, por supuesto, para cada operación.

Cuando llegamos a ese cruce de caminos donde los textos se encuentran para que el significante del nuevo texto, es decir, su discurso, cobre mayor elocuencia, recurrimos a las reflexiones teóricas sobre intertextualidad y, dentro de ese campo general, al específico ámbito de la parodia. Entonces, para comprobar la eficacia de los instrumentos proporcionados por la teoría, estas dos novelas de Leñero caen como anillo al dedo. *El Evangelio de Lucas Gabilán* es una reescritura (no en el sentido de corregir sino en el de escribir de nuevo), versículo por versículo, del *Evangelio de san Lucas*, trasladado a la Ciudad de México de nuestros días. *El Padre Amaro* es una reescritura, también, de *El crimen del Padre Amaro* (1875), la novela de José María Eça de Queirós, trasladada de Leira a la provincia mexicana actual, que relata

la historia de un joven cura de pueblo enamorado de una muchacha a quien seduce, abandona y provoca su muerte y la de su hijo —recién nacido en la novela del portugués, abortado en la del mexicano—, para poder ascender sin tropiezos dentro de la jerarquía eclesiástica. Esta novela de Leñero fue concebida a partir del guión que el propio Leñero había escrito para la película *El crimen del Padre Amaro* (2002), dirigida por Carlos Carrera.

Ambas novelas de Leñero pueden leerse como expresiones literarias de la teología de la liberación latinoamericana. Inspirados por las ideas de la liberación aludida, los dos textos denuncian, desde las filas del cristianismo, la injusticia social; denuncia que se estima necesaria para alcanzar la salvación —que debiera comenzar desde ahora— y para el advenimiento del reino de Dios. Salvación y advenimiento que suponen, según concluye Gustavo Gutiérrez, el establecimiento, aquí y ahora, de la justicia, la defensa de los derechos de los pobres, el castigo de los opresores, la liberación de los oprimidos; un repudio al sistema imperante al que pertenece la propia Iglesia católica (pp. 224, 236). “Cristo declara bienaventurados a los pobres”, apunta el teólogo peruano, “porque el reino de Dios ha comenzado... se ha iniciado un reino de justicia... bienaventurados son, porque el advenimiento del reino pondrá fin a su pobreza creando un mundo fraternal. Bienaventurados son, porque el mesías abrirá los ojos de los ciegos, dará pan al hambriento” (p. 380). Liberación análoga a la de Egipto, en el *Éxodo*, es decir, “ruptura con una situación de despojo y de miseria, y el inicio de la construcción de una sociedad justa y fraterna” (p. 204). Liberación prometida por Isaías (65, 21-22),² evocada por el propio Jesús (san Lucas 4, 16-21) y planteada como promesa *ya* cumplida en las palabras de María, de gratitud a Dios, registradas por san Lucas y conocidas hoy como la oración Magnífica:

(...) y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. / Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. / Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. / A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada... (san Lucas 1, 50-53).

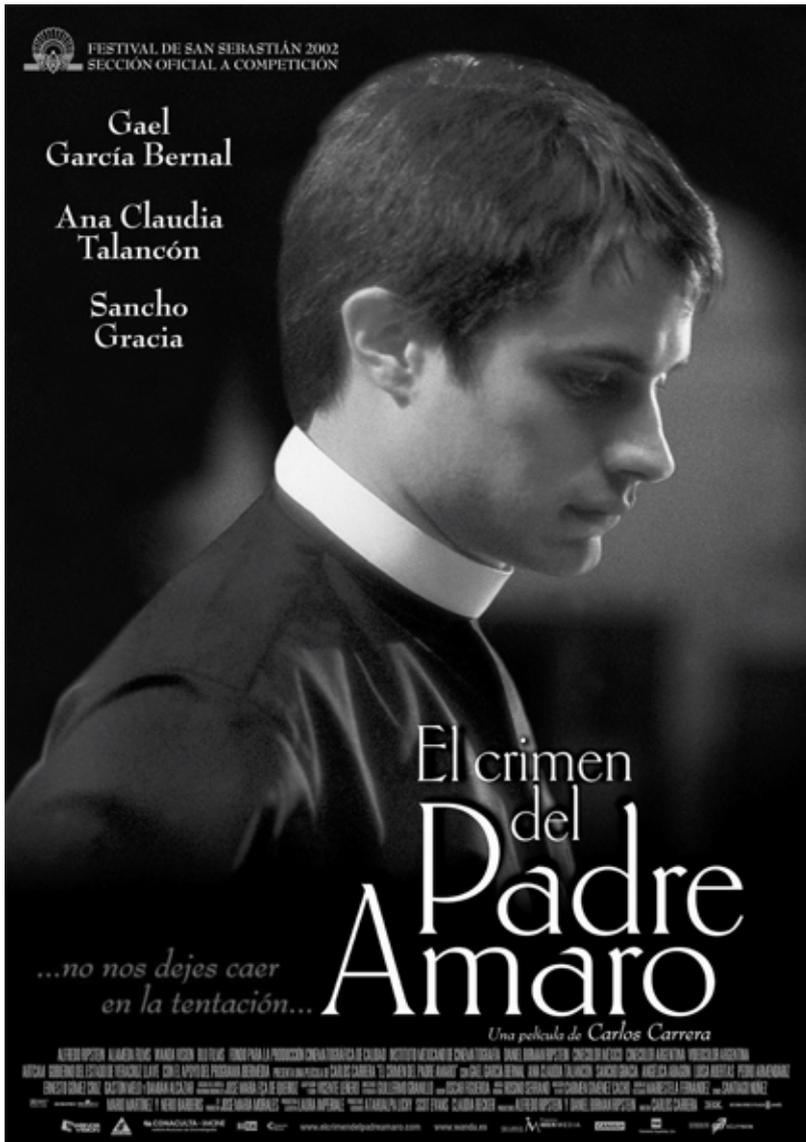
En efecto, las dos novelas de Leñero revelan las divergencias entre la parte institucional de la Iglesia católica —la jerarquía—, tradicional, conservadora, vinculada con el autoritario ejercicio del poder y con los propietarios de los medios de producción, y la otra parte de la

² En adelante, todas las referencias bíblicas provienen de la *Biblia de Jerusalén* que es la que dice Leñero que usó al escribir *El Evangelio de Lucas Gavilán* (p. 12).



Iglesia, la solidaria con los pobres y comprometida con la lucha por la justicia social. La divergencia, a partir de esta perspectiva liberadora, ha estribado fundamentalmente en una interpretación de las bienaventuranzas impuesta por las filas conservadoras de la Iglesia católica asociadas con el poder, y que puede resumirse así: a los que sufren los espera, en la otra vida, la recompensa del reino de Dios. Desde el siglo XVI, la retórica de la evangelización en América, fundada en la tradicional idea de la salvación excluyente, es decir, la que está reservada sólo para los creyentes, se aprovechó de la promesa del reino de Dios, ubicado en la otra vida, la ultraterrena, para implícitamente legitimar la explotación de los indígenas. También a partir de entonces, y dentro del mismo seno del clero, se levantaron las voces de los defensores de los indios, desde fray Bartolomé de las Casas hasta los curas Miguel Hidalgo y José María Morelos, claros antecedentes de los modernos teólogos de la liberación.

La hipocresía que se deriva del dogmatismo y del fariseísmo de la religiosidad institucional, ya presente en el *Evangelio de san Lucas* y que retrata Eça de Quei-



rós en *El crimen...*, reaparece en la caracterización de los sacerdotes de ambas novelas de Leñero y en las tragedias con las que ellas concluyen. Lo que quiero apuntar es que la lectura de las novelas revela las correspondencias en las que se cifra su propio significado, es decir, el de las novelas. Por lo que se refiere a *El Evangelio...*, la correspondencia entre los textos es perfectamente simétrica en cuanto a la numeración, al tema y al espíritu de cada capítulo y grupo de versículos, pero no por lo que se refiere a la letra y a su extensión. La economía poética del texto evangélico se sacrifica, en aras de la actualización liberadora, en el caudaloso torrente del de Leñero. Cito algunos ejemplos: el ángel Gabriel de la anunciación ahora aparece como la comadrona doña Gabi; la oración Magnífica se traduce en la canción del agrarista; el desierto donde operaba san Juan Bautista se localiza hoy en la frontera con los Estados Unidos adonde el Bautista de hoy había pasado de bracero; Jesucristo y su padre, ayer carpinteros, hoy resultan albañiles; los pastores y los ángeles que visitaron al recién nacido en el pesebre de Belén son las prostitutas que ahora acompañan a la familia en los lavaderos de la po-

bre vecindad donde nació Jesucristo y en el hotel de paso donde llevan a María después del nacimiento; si en aquel entonces Jesucristo crecía llenándose de sabiduría, ahora lo hace en una escuela rural; la visita al Templo de Jerusalén, por las fiestas de la Pascua, donde Jesús se pierde y lo encuentran discutiendo con los sacerdotes se traslada a la peregrinación a la basílica de la Villa de Guadalupe; la fecha de la predicación de san Juan Bautista se registra durante el imperio de Tiberio César, siendo procurador de Judea Poncio Pilato y pontífices Anás y Caifás, en tanto que la novela se refiere a la época de los últimos años del sexenio presidencial del licenciado Luis Echeverría Álvarez o en los primeros del licenciado José López Portillo, siendo arzobispo primado de México Miguel Darío Miranda, a quien sucedió en el cargo Ernesto Corripio Ahumada; la región del Jordán aparece trasladada a los pueblos de los alrededores de la zona metropolitana del Distrito Federal; Herodes, el tetrarca de Galilea, reaparece como el cacique Horacio Mijares; las sinagogas se vuelven iglesias; los pescadores, pepenadores; el vino, pulque; las muchedumbres, sindicatos, ligas agrarias y ejidatarios; los fariseos, empresarios y curas; los escribas y legistas, intelectuales, profesores de teología y “empresarios” de la religión; si Herodes decapita a san Juan Bautista, Horacio Mijares le aplica la ley fuga; los cinco panes y los dos pescados de la multiplicación se convierten en tortillas, nopales, tlacoyos y quesitos; el episodio de la curación del epiléptico se traduce en la aceptación del homosexual; en el relato del rico malo y Lázaro el pobre, Abraham encarna en Emiliano Zapata y los ángeles en los zapatistas;³ Jesucristo pedía que dejaran que los niños se acercaran a él, y ahora hasta juega con ellos una cascarita de “fut”; la expulsión de los mercaderes del templo ahora tiene lugar en una iglesia de Las Lomas donde Jesucristo arma un gran alboroto acusando a sacerdotes y fieles de haber convertido los templos en tumbas de Dios, en salones de modas y en sucursales bancarias; a los escribas, el iracundo Jesucristo los identifica hoy con los sacerdotes burgueses, empleadillos de los poderosos; en la última cena sirven pozole y pambazos; el Monte de los Olivos se transforma en el parque Lira; en el tormento le aplican a Jesucristo Gómez la picana eléctrica; camino del campo militar agoniza y muere en una camioneta de la policía; en lugar de enterrarlo en un sepulcro en el que nadie había sido puesto todavía, lo depositan en una fosa común del Panteón de Dolores; el ángel, convertido en sepulturero, les informa a las mujeres que buscan la tumba de Cristo, que esos hombres no mueren nunca, que siguen cada día con más vida.

³ Se trata obviamente de los zapatistas de la época de la Revolución; los nuevos zapatistas, los de Chiapas, aparecieron quince años después de que se publicó la novela de Leñero.

Acaso pueda encontrarse alguna coincidencia entre el Pierre Menard de Jorge Luis Borges —el que escribe el *Quijote* en el siglo XX— y el Lucas Gavilán de Leñero —el que escribe *El Evangelio* también en el siglo XX—, aunque mirándolo bien, es decir, leyéndolos bien, las coincidencias se presentarían como contrapunto. En efecto, mientras que Menard escribe el *Quijote* —y, según el narrador del cuento, “son verbalmente idénticos (los dos *Quijotes*), pero el segundo es casi infinitamente más rico” (p. 56)—, Gavilán dice escribir su relato, a partir del de san Lucas:

(...) como una traducción de cada enseñanza, de cada pasaje al ambiente contemporáneo del México de hoy (pero) es imposible hallar equivalencias lógicas de la época de Jesucristo a la concreta y muy compleja realidad nacional de los días que vivimos. Sólo un alarde de cinismo literario podía forzar los hechos a tales extremos, pero no encontré una manera mejor de reescribir el evangelio de Lucas con estricta fidelidad a su estructura y a su espíritu (pp. 11 y 12).

¿Es realmente “imposible hallar equivalencias lógicas de la época de Jesucristo a la concreta y muy compleja realidad nacional de los días que vivimos”? ¿Podemos pensar que el “cinismo” del que se autoculpa el autor ficticio Gavilán⁴ lo comparte el autor real Leñero? ¿Se trata nada más que de un recurso retórico defensivo —irónico— para inmunizar al texto contra la crítica de quien lo considere “cínico”? Gustavo Gutiérrez parece coincidir con Gavilán cuando advierte que:

Queriendo descubrir en Jesús las más menudas características de un militante político contemporáneo no sólo tergiversaríamos su vida y su testimonio, no sólo revelaríamos una pobre concepción de lo político en el mundo presente, sino que, además, nos frustraríamos (*sic*) precisamente de lo que esa vida y ese testimonio tienen de profundo y universal y, por lo mismo, de vigente y de concreto para el hombre de hoy (p. 299).

Aunque el asunto merezca estudio aparte e independientemente de lo que apuntan el autor ficticio Gavilán y el teólogo Gutiérrez, la novela no hace otra cosa más significativa, a mi juicio, que revelar las analogías entre las injusticias de los dos mundos, de las dos épocas y de la vida y la muerte de Jesucristo hace dos mil años y hoy. Por su parte, estima otro teólogo de

⁴ En su estudio sobre la obra de Leñero, Danny Anderson dedica un capítulo al comentario de esta novela. Anderson afirma que Leñero “inventa a narrador-scribe, Lucas Gavilán” (p. 131); no, no lo inventa, mejor sería advertir que Leñero, en vez de inventar, usa *también* un “narrador-scribe” como el que aparece en los cuatro primeros versículos del *Evangelio* original.

la liberación, Jon Sobrino, que los evangelios se entienden mejor al conocer lo que históricamente ha ocurrido en América Latina; agrega que a cualquiera que haya vivido y sufrido la historia en esa región, le parecerá aún más creíble que Jesús fuera como fue; acaso esos textos del Nuevo Testamento resultan también más verosímiles al verificar sus afinidades con lo que ha pasado en América durante los últimos cinco siglos, especialmente, como indica el teólogo vasco-salvadorense, si percibimos la analogía de las muertes de cientos de miles de personas con la de Cristo (pp. 73-75).

Las correspondencias entre la novela de Eça de Queiroz y la de Leñero son distintas. Es cierto que el tema y el espíritu de la de Eça reaparecen en la de Leñero, pero mientras que la narración de la del portugués se extiende prolija a lo largo de cerca de quinientas páginas pobladas de minuciosas descripciones de personajes y lugares, de largas reflexiones psicológicas, de pormenorizados relatos de pequeños y grandes eventos, aderezado todo con entrañables cuadros de costumbres y con la fulminante ironía tan característica del autor, la narración del mexicano no llega a las cien páginas. Al contrario de lo que pasa con la relación entre el evangelio y su correspondiente novela, en el caso de las novelas del Padre Amaro se sacrifica el caudaloso torrente de *El crimen...* en aras de la economía poética de *El Padre...* Básicamente la historia es la misma, es decir, la del joven Padre Amaro que llega de la capital al pueblo a desempeñar su trabajo de sacerdote, se enamora de la joven Amelia, la seduce, la embaraza, luego la abandona para no poner en peligro su carrera sacerdotal y mueren tanto Amelia como su hijo —recién nacido en la novela de Eça, abortado en la de Leñero—, víctimas del Padre Amaro. En ambas novelas se presentan entrelazados un tema sexual y uno relativo al poder. Efectivamente, se trata del problema sexual que entraña el celibato y sus consecuencias: la represión, la hipocresía, la doble moral, el egoísmo y la violencia institucional. Pero también se refieren a la ambición de un joven sacerdote por conseguir el poder, a su disposición de cometer un crimen para eludir cualquier obstáculo —principalmente los que se derivan de su propia “mala” conducta— y asegurar su ascenso jerárquico. La presentación de estos problemas se encuadra, en ambas novelas, dentro del marco clásico del naturalismo; en efecto, todo el desarrollo de la historia de la novela está determinado por el proceso de la selección natural, o sea, el principio de la supervivencia del mejor adaptado al medio, es decir, del más fuerte, en este caso, el Padre Amaro. En este sentido, ambas novelas pueden leerse como expresiones del naturalismo, tan de moda cuando Eça escribió y publicó su obra y, por lo visto, sobreviviente en la pluma del autor mexicano.

No voy a discutir si estas novelas pueden clasificarse como antirreligiosas o anticlericales. A mi juicio, su propio naturalismo las define como implícitas críticas a desviaciones religiosas, a conductas tipificadas por la ley como delitos y/o reprobadas por la moral. Lejos de justificar la conducta y los crímenes del Padre Amaro, tanto la novela de Eça como la de Leñero los condenan sin lugar a dudas. Pero pienso también que la fe cristiana no necesariamente está en la Iglesia. El asunto merecería estudio aparte. Lo que me importa advertir aquí son los problemas, las situaciones y las ideas del México actual, que Leñero injerta en la historia original de Eça de Queirós. Me refiero al narcotráfico y al lavado de dinero, a las limosnas provenientes de esos dineros, a la complicidad del gobierno y de la alta jerarquía eclesiástica por lo que toca a la corrupción del poder, a la crítica que implica el pensamiento liberador de uno de los jóvenes curas, compañero de Amaro, y al aborto.

La lectura de estas relaciones entre cada una de las novelas de Leñero y los textos que las inspiraron recuerdan el contrapunto musical y dan fe del parentesco entre cada una y su modelo. En efecto, la lectura de cada una de esas novelas se desarrolla a lo largo de la convergencia de dos relatos que se van vinculando por medio del contraste; los eventos de cada texto se corresponden en forma recíproca a la vez que contrastante, como sucede en la música con las voces o líneas melódicas del contrapunto que cantan distintamente un tema. Este parentesco pasa a formar parte del significante (discurso) pues completa la expresión del significado del nuevo texto. Es decir, podría leerse *El Evangelio de Lucas Gavilán* sin siquiera tener noticia del de san Lucas como también es concebible la lectura de *El Padre Amaro* sin conocer la novela de Eça de Queirós, pero serían lecturas incompletas.

Lo que quiero decir es que el nuevo texto cobra cabal significado cuando su lectura revela el parentesco. Son numerosos los tipos de parentescos transtextuales que han sido tipificados por la teoría, sobre todo a partir del estructuralismo. Es en esta clase de relaciones, advierte Gérard Genette, donde puede cifrarse la poética de un texto literario. En efecto, el teórico francés apunta que el objeto de la poética es el fenómeno de la transtextualidad o trascendencia textual, trascendencia que el propio Genette define como “todo lo que pone al texto en relación, evidente o secreta, con otros textos” (p. 1).

A primera vista, las dos novelas de Leñero aparecen como parodias. Como sabemos, la parodia es sólo una de las muchas expresiones (que van desde el penalmente tipificado plagio hasta las citas, las alusiones, las imitaciones, las variaciones temáticas, etcétera) por medio de las cuales se verifican estas relaciones transtextuales. En la parodia se imita un texto, repitiéndolo, apropiándose, con frecuencia invirtiendo simétricamente sus

elementos, con una finalidad determinada. Tradicionalmente, la parodia se ha vinculado a la ironía pues ambas alteran el proceso normal de la comunicación al desdoblarse un significado encubriéndolo para, paradójicamente, mejor revelarlo. También es cierto que casi siempre se asociaron ambas con la burla.

Pero no siempre hay burla en la parodia. Efectivamente, Linda Hutcheon lo demuestra al analizar y comentar la parodia que James Joyce ejecuta en su *Ulises* al recrear a Penélope en Molly por medio de paralelismos e inversiones sin que el texto del novelista irlandés se burle del de Homero. Esto le permite a Hutcheon afirmar que la parodia es, sí, una suerte de imitación pero no siempre para burlarse del texto parodiado y concluye citando a Thomas Greene: “Toda imitación creadora mezcla un rechazo filial con un cierto respeto, igual que toda parodia rinde su oblicuo homenaje” (pp. 6-10).

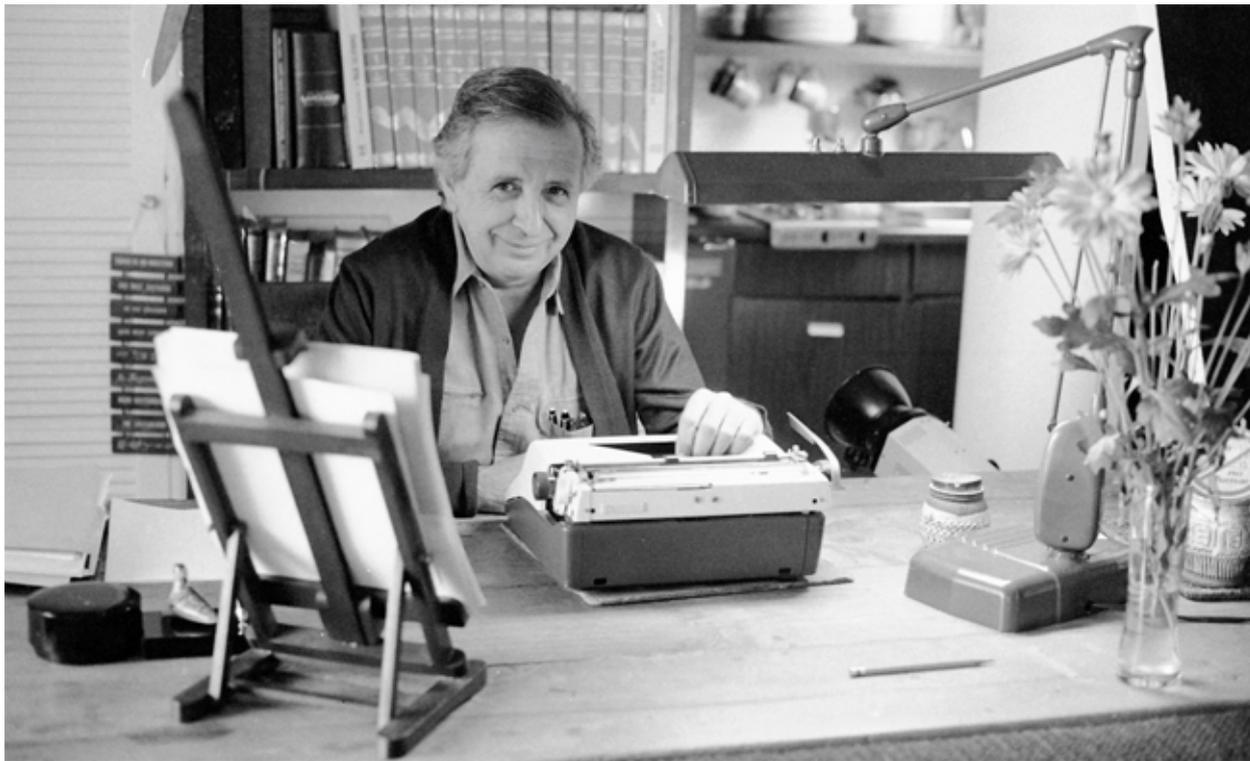
En las parodias de Leñero hay inversión —que entiendo aquí como el traslado de una realidad cultural, histórica y geográfica a otra— pero hay, a mi juicio y sobre todo, fe, homenaje y complicidad en vez de burla. Además, estas de Leñero pertenecen al tipo de parodia que parece ajustarse a la propia etimología de la palabra pues en griego el prefijo “para” significa tanto “contra” como “al lado de” o “paralelamente”;⁵ es decir, que hay contraste, oposición, pero también semejanza y paralelismo. Se trata de imitación por medio del contrapunto que distanciando al texto parodiado del que parodia, los acerca. Si hay irreverencia, hay también homenaje; en el caso del evangelio, hay algo más que un homenaje: es testimonio de la fe del autor mexicano; en el caso de Amaro, es un evidente homenaje a la mayor gloria de las letras portuguesas del siglo XIX. La complicidad de autores y textos se presenta en una “síntesis bitextual”.

Además del distanciamiento y del desdoblamiento, la parodia revela relatividad (en tanto que la parodia es imitación y creación a la vez) e intercambiabilidad. Bien puede asociarse la parodia con la literatura carnalizada tal como la plantea Mijail Bajtin⁶ quien sitúa el origen de este tipo de literatura durante el helenismo cuando varios géneros se unieron formando el ámbito de lo serio-cómico. Esto provocó una nueva perspectiva de la realidad unida con el folclore carnavalesco, un modo de entender la relatividad del significado del mundo y su posible pluralidad de significados. La vitalidad de esta perspectiva estimuló la creatividad. En efecto, dentro de lo serio-cómico pudo el pasado —mitos y leyendas, dioses y héroes— convertirse en un vivo presente de seres contemporáneos, como pasa con estos textos de Leñero.

Convertido el carnaval en literatura, esta pudo reflejar la vida volteada al revés, al derecho y al revés simul-

⁵ Ver Hutcheon, p.32.

⁶ Ver Bajtin, pp. 106-127.



© Barry Dominguez

táneamente, el anverso y el derecho del mundo, y combinar y unir lo grande con lo insignificante, lo alto con lo bajo, y lo que ahora más nos interesa: el pasado con el presente y lo sagrado con lo profano (como sucede con el *Evangelio de san Lucas* y el de Lucas Gavilán, y también con los padres Amaro). Confirmada la relatividad del significado de todas las cosas, se resolvieron las polarizaciones tornándose en ambivalencias.

En la parodia se cifra la ironía que anima las dos novelas de Leñero. Ironía percibida como ese velo que ocultando revela y entendida como tropo y como figura de pensamiento. Ironía como la entendió el *New Criticism*, es decir, como inclusión de impulsos opuestos y complementarios en el poema, como “drama de la estructura”, como reconciliación de contrarios, como equilibrio interno del poema, como distanciamiento y autocritica, pero sobre todo, como desdoblamiento, simultaneidad e intercambiabilidad.⁷ Así son el desdoblamiento, la simultaneidad y la intercambiabilidad de la palabra sagrada del *Evangelio* y la profana de la novela, y los de una novela y de su contexto sociocultural portugués decimonónico y una novela y su contexto sociocultural mexicano del siglo XXI.

Como hemos visto, dentro de las posibilidades que le brinda la magistral destreza con la que ejerce su oficio de escritor, animado por su radicalismo adolescente que sigue sin conseguir superar —como él mismo lo confiesa (2003, p. 117)— y sobre todo, encendido por la fe y el espíritu de la teología de la liberación, Vicente Leñero denuncia la injusticia y la corrupción por me-

dio de un parentesco transtextual —la parodia— en el que se cifra la fortuna del discurso de *El Evangelio de Lucas Gavilán* y la de *El Padre Amaro*.

BIBLIOGRAFÍA:

- Danny Anderson, *Vicente Leñero, The Novelist as Critic*, Peter Lang, Nueva York, 1989.
- Mijail Bajtin, *Problems of Dostoievski's Poetics*, Manchester U.P., Manchester, 1984.
- Biblia de Jerusalén*, http://usuarios.lycos.es/osorno_rbornschein/index.html, 2 de octubre de 2007.
- Jorge Luis Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote” (1939), *Ficciones* (1956), Alianza Editorial, Madrid, 1982, pp. 47-59.
- José Maria Eça de Queirós, *El crimen del Padre Amaro* (1875), *Obras completas*, tomo I, Aguilar, México, 1959.
- Gérard Genette, *Palimpsests* (1982), U. of Nebraska P., Lincoln, 1997.
- Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación* (1972), Sígueme, Salamanca, 1977.
- Linda Hutcheon, *A Theory of Parody*, Methuen, Nueva York y Londres, 1985.
- Vicente Leñero, *El Evangelio de Lucas Gavilán*, Seix Barral, Barcelona, 1979.
- , *El Padre Amaro*, Grijalbo, México, 2003.
- Juan Pellicer, *El placer de la ironía*, UNAM, México, 1999.
- Jon Sobrino, *Jesus in Latin America* (1982), Orbis Books, Nueva York, 1987.

⁷ Ver Pellicer, pp. 55-94.